



Tim Harford sigue los argumentos de los políticos, los expertos o los medios de comunicación, y se pregunta: ¿y si me aplicasen a mí esos principios... qué opinaría yo?

Me gustó encontrar en el *Financial Times* de hace unos días los comentarios de un economista, **Tim Harford**, sobre los argumentos que usamos para tratar de la cuestión de los inmigrantes, a partir de **un principio ético tan claro como “trata a los demás como tú querías que te trataran a ti”**. Harford sigue los argumentos de los políticos, los expertos o los medios de comunicación, y se pregunta: ¿y si me aplicasen a mí esos principios... qué opinaría yo?

Por ejemplo: hay que **aplicar un sistema de “puntos”**, que recoja **los méritos de los inmigrantes** potenciales para ser admitidos en el país, a partir de sus conocimientos, sus antecedentes, los idiomas que hablan, su experiencia profesional. Bien, dice Harford: ¿y si te dicen que no puedes cambiar de residencia de tu ciudad a otra porque “te faltan méritos”?

Otro ejemplo: las autoridades deberían **elaborar un método para determinar si hacen falta personas con determinadas capacidades en un lugar**. Aparte de que sería un sistema muy caro, lleno de burocracia y sometido a todo tipo de problemas de manipulación, corrupción y favoritismo, ¿qué diríamos si dijese que no hacen falta los ingenieros que ella dice que necesita?

¡Ah!, está también el argumento de **la “fuga de cerebros”**, que aconseja que los más listos se queden en sus países de origen. O sea, si nos dicen que no podemos trasladarnos a otra ciudad, porque donde estamos

ahora necesitan nuestros conocimientos...

Bueno, pues **apliquemos un análisis coste-beneficio**, para ver si conviene que vengan o no inmigrantes a nuestro países. Claro que esos análisis **no suelen incluir los beneficios y costes de los propios inmigrantes**, que, al fin y al cabo, son los más interesados en el caso.

Harford concluye que **“debemos estar muy agradecidos a los que tienen la valentía y la energía de dejar sus casas y buscarse la vida en otro lugar”**. Claro que esto supone una manera de ver los problemas que no suele ser la que aplicamos a los demás (aunque sí a nosotros mismos): **poner a las personas por delante de las cosas, poner a los demás al menos a la misma altura que nosotros** y responder más frecuentemente a la **regla de oro: “trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti”**. O sea: ¿me gustaría que me trataran a mí del modo como yo trato a otros? Sí, ya lo sé, nosotros somos más guapos, más listos, tenemos un derecho adquirido y ya estamos aquí, de modo que... a ver si nos respetan. Vale. **¿Y si algún día tenemos que salir de nuestra comodidad?** La ética es importante, sobre todo, porque habla de **cómo cambio yo cuando tomo decisiones, no de qué efectos tienen mis decisiones sobre los demás**.

Antonio Argandoña, en blog.iese.edu.